

CAPITULO XXIV.

LOS CUATRO PLANES.

Ya se sabe que el gobierno conservador, que regía entonces, hizo un arreglo de los mas degradantes para quitarse de encima á los franceses, pagando una indemnizacion y accediendo á cuanto aquellos quisieron; pero sin detenernos en tal serie de calamidades, llegaremos á lo principal de la época, que fué la entrada de Santa Anna en México el 17 de Febrero del año siguiente, con la bandera de la dictadura enarbolada por un pequeño cónclave que llevaba el pomposo nombre de Poder Conservador, en cuyo seno tenía aquel grandes partidarios.

Santa Anna había hecho en litera su viaje desde Veracruz, esto es, en brazos de hombres, y en litera hizo su entrada á la ciudad de México, porque dizque todavía no sanaba de la herida en virtud de que había sido mal hecha la amputacion.

Hasta el Peñon Viejo llegaba la muchedumbre que

había salido á presenciar la entrada del Dictador, el cual se presentó con pompa régia, escoltado por generales y lucidas tropas de las tres armas, pues que tambien le acompañaron algunos cañones. Su alojamiento estaba en la Ribera de San Cosme y hasta allí le acompañaron las corporaciones, las músicas, las tropas y el pobre pueblo que le prodigaba aplausos mientras llegaba el día de arrojarlo á silbidos.

Todo el día hubo besamanos, sin que los aduladores que eran muchos, dejaran respirar al ilustré enfermo y hasta por la noche pudo verse solo con Bustamante, Alamán, Andrade, Tornel, Suarez Navarro y algunos otros de sus íntimos. Entonces dió orden de que no se permitiera la entrada á nadie más y desplegando su sonrisa cínica y burlona de costumbre, dijo para comunicar animacion á la concurrencia que había comenzado desde antes á comunicarse *sotto voce*:

—Estamos ya los de confianza y podemos hablar claro: ¿qué dice el animal de D. Anastasio?

—Se ha quedado tamañito luego que vió la intriga que le armamos en el Supremo Poder Conservador.

—Y mas tamañito se ha puesto, agregó Tornel, ahora que ha visto la ruidosa llegada de V. E.

—No trató de impedir que el pueblo me hiciera honores?

—No, Exmo. Señor. Desde el 23 del pasado en que se expidió el decreto nombrando á V. E. Presidente sustituto para que él pudiera salir á campaña, se ha quedado como el caballito de banda á banda, que ni come, ni bebe, ni anda.

Santa Anna soltó una sonora carcajada y todos le imitaron. A poco siguió diciendo con mas formalidad:

—Yo he tratado de tenerlos á ustedes al corriente de todo. Los franceses continúan con el bloqueo y deteniendo sus rehenes. D. Guadalupe Victoria, á quien el gobierno nombró mi segundo, no pudiendo él mismo salir á hacer la campaña de Tampico sobre Urrea, porque es uno de los diplomáticos nombrados para tratar de los convenios de paz con Baudin, destacó á Arista sobre Tampico. El ministro inglés Mr. Pakenham estuvo conmigo en Manga de Clavo como intermediario, pero yo se lo despaché á Bustamante. En fin, por allí no hemos tenido ya mas novedades.

—Pues aquí tampoco hay mas de lo que se ha hecho, dijo Alaman, pero sí creo que queda mucho que hacer.

—Qué?

—Despachar á D. Anastasio á hacer la campaña que tiene ofrecida.

—De eso yo me encargo, contestó Santa Anna frotándose las manos.

Pero terminó el mes de Febrero, Santa Anna continuaba con su tertulia de todas las noches adelantando un poco en su curacion, D. Anastasio Bustamante habia recibido el dinero necesario de las cajas clericales, aún habia movido algunas tropas, pero él sin embargo no abandonaba la presidencia ni parecia tener intenciones de separarse de la capital. Fué necesario que Santa Anna hiciera un viaje á Palacio en litera y le dijera muy al oído:

—“Mi querido Don Anastasio: yo no he venido aquí á quitar á vd. el puesto que ocupa, sino que he sido traído sin pretenderlo, y me veo precisado á darle un buen consejo de amigos: váyase para Tampico, porque si no se va como ha ofrecido, el mal puede tomar mucho cuerpo, y cuando quiera, ya no podrá remediarlo, de modo que si vd. no va á concluir con aquello, tendré que ir yo, á pesar del mal estado de mi pierna.”

Todavía logró hacerse Bustamante el desentendido, prolongando su estancia en Palacio, hasta el día 9, en que entregó la Presidencia á Santa Anna, decidiéndose á salir de México para Tampico, hasta el día 18, dando pábulo á mil murmuraciones por esa lentitud.

Hay que hacer notar tambien, que el mismo día 9 de Marzo de 1839, en que Santa Anna tomó el mando, se aprobó el ignominioso tratado del Almirante Baudin, accediendo á todas sus exigencias propuestas desde un principio, lo cual hizo inútiles tantos sacrificios hechos por la Nacion, así como la pérdida de tantos hombres y del mismo pié izquierdo de Santa Anna, al cual pié, entre paréntesis, se le hicieron por aquella época suntuosas honras fúnebres.

Y sucedió que mientras Bustamante marchaba á pasos de tortuga para Tampico á escalear á los pronunciados Urrea y Mejía, Santa Anna, todavía en litera, logró destrozarlos en Acajete, el 3 de Mayo, adquiriendo una de sus mas sangrientas victorias, pues que costó mas de seiscientas vidas de mexicanos.

Ya se comprenderá bien que esta hazaña, que puso, en ridículo por una parte al Presidente Bustamante

levantó por la otra á su sustituto Santa Anna, hasta ponerlo en los cuernos de la luna.

Sin embargo, en aquel cielo azul se destacaba una mancha negra: la disposicion del dictador contra la prensa, que terminaba con estas terribles palabras: "Dispone el Presidente, que no conviniendo en las actuales críticas circunstancias, á la policia, tranquilidad y órden de las poblaciones, donde se están cometiendo abusos de imprenta, que los autores y cómplices, continúen residiendo en ellas, y soplando desde su arresto el fuego de la anarquía que devora á la Nacion, sean trasladados luego que se arresten, á las fortalezas de San Juan de Ulúa ó Acapulco, donde quedarán á disposicion de sus jueces.... pidiendo para la ejecucion de esta providencia el auxilio necesario á la autoridad militar, con cuyo objeto se dirigen hoy las comunicaciones convenientes á las comandancias generales."

Ya se comprende que la situacion con semejantes órdenes, no podia menos que presentar una tirantez poco tranquilizadora.

En efecto, Santa Anna se puso en pugna con el Consejo de gobierno, por querer eliminar de una pluma á Don Anastasio Bustamante, y en virtud de la ausencia de este, llamó á Don Nicolas Bravo para que se encargara de la Presidencia, á fin de que no le reventara el cohete en las manos, y se retiró como de costumbre á su hacienda de Manga de Clavo, no sin publicar el concebido manifiesto á la Nacion, lleno de plañideras reconveniones á sus

colegas y de amenazas para los que no habian sabido secundar su política.

Bustamante regresó á poco de la campaña y se hizo cargo del poder constitucional; pero con tan negra fortuna, que todas fueron desdichas, por encontrarse su camino sembrado con los obstáculos que le oponian los santanistas, hasta estallar el pronunciamiento de 14 de Julio de 1840, acaudillado por Urrea y Farías, en que el nuevo Presidente quedó prisionero, libertándolo á los pocos dias el arrojado de Valencia que venció á la revolucion, despues de sufrir la capital los destrozos consiguientes.

El malestar siguió, las intrigas no cesaban, y de todo esto se aprovechó el partido monarquista que todavía respiraba, para que por conducto de Don José María Gutierrez Estrada fuera lanzada la idea de que se llamara á un príncipe extranjero, como remedio único para poner fin á tantas calamidades como llovian sobre la patria, lo cual hizo por medio de un opúsculo publicado el 18 de Octubre, que fué enérgicamente rechazado por el gobierno.

Cayendo y levantando, dando tropezones aquí y allá, porque la serpiente de la discordia habia derramado todo su veneno entre las personas que formaban el núcleo conservador, pasó el gobierno de Bustamante el año de 1840, hasta que ya en el siguiente empezaron á formarse nubes densas que amenazaban formar una tempestad, hábilmente dispuesta en Manga de Clavo, por lo que el Ministro Almonte

un tanto cuanto alarmado, dijo en cierta vez al Presidente:

—¿Qué será bueno que hagamos con el cojo Santa Anna? Todos los descontentos se están dirigiendo á él, dizque buscando una tabla de salvacion, y es muy capaz de hacernos un pronunciamiento.

—El caso es que se le dá cuanto pide, contestó Bustamante.

—Pero es insaciable. Ahora quiere la Comandancia de Veracruz y que se le nombre pacificador de Chiapas y Yucatan.

—Me parece que es darle elementos para que nos haga la guerra.

—El caso es que de todas maneras los tiene en la mano, y siquiera el pudor le contendrá un poco, si le damos esa muestra de confianza.

Bustamante, que tanto le conocia, se sonrió y encogiéndose de hombros, se apresuró á contestar:

—Enhorabuena, vamos llenando de ponzeña al alacrán.

Y se le expidieron los nombramientos, á la vez que los comerciantes del Departamento de Veracruz, acudian al ilustre mutilado, nombrándolo su defensor contra las tiránicas disposiciones fiscales del gobierno.

Santa Anna les respondió:

—Por fortuna ya estoy en posibilidad de servirles; fíen en mí, que muy pronto los libentaré de tanta opresion.

Entonces recibió órdenes muy precisas del gobierno para que se moviera con el fin de que se

ocupara personalmente de la pacificacion que le habia sido confiada, de los Estados de Tabasco y Yucatan, que andaban un poco alborotados; pero el ilustre mutilado no se movió de Veracruz. Esperaba algo. Ese algo no aparecia y se impacientaba tanto de estar esperando, como el gobierno de su impasibilidad.

Por fin, llegó el 8 de Agosto de 1841. El general Don Mariano Paredes de Arrillaga, uno de los jefes mas mimados por Bustamante, enarboló el estandarte de la rebelion en Guadalajara, aprovechando los elementos que le habia dado aquel nombrándole comandante militar. Entonces no se conocia ni la gratitud, ni la consecuencia.

Cuatro capítulos contenia su plan, desconociendo al gobierno, siendo los principales el segundo, conforme al cual se debia nombrar un sustituto, y el tercero, que declaraba á Don Anastasio Bustamante incapacitado, lo mismo que él habia hecho con Guerrero.

Entonces Santa Anna se apresuró á enviar dos comisionados. Uno que lo fué Don Francisco Morphi, encargado de hacer amigables proposiciones al pronunciado Paredes; otro, que lo fué el coronel Pacheco, encargado de manifestar al gobierno que no se ocupaba por de pronto mas que de llenar la mision que se le habia confiado para estar pronto en aptitud de concurrir á sostener al gobierno contra los revolucionarios, á los cuales odiaba de muerte, pues que estaba porque la suerte del pais se mejorara, pero empleándose los medios pacíficos.

Almonte, ministro de Bustamante, que conocia
S. ALTEZA—33

muy bien á Santa Anna, dijo, luego que se hubo retirado Pacheco:

—Exmo. Sr: esta no es mas que una celada que nos tiende el maldito cojo: la primera medida que debemos dictar es impedir que se apodere del castillo de Perote.

E hizo que saliera en el acto el general Don Anastasio Torrejon, con las instrucciones correspondientes; pero el directorio santanista que tenia gentes adictas en todas partes, supo á tiempo de lo que se trataba, y mandó un correo extraordinario á Veracruz con la noticia: ese correo pudo salir dos horas antes que Torrejon. Cuando este jefe del gobierno llegó á Perote, se encontró la casa ocupada. Santa Anna habia salido con tropas del puerto, y forzando las marchas logró apoderarse de la fortaleza. Estando allí se manifestó ofendido por la desconfianza del gobierno, y esto le sirvió de pretexto para pronunciarse proclamándose Gran Mediador.

El Gobierno aceptó la mediación de Santa Anna, pero echándole en cara sus inconsecuencias y sus perfidias por medio de una nota contundente que le dirigió el ministro Almonte.

Santa Anna sacó partido de ella para indignarse, y arrojando la máscara, contestó diciendo ya sin ambages ni eufemismos á Bustamante, que las disposiciones dictadas por el Ejecutivo, para reprimir la rebelion, no eran otra cosa que *un propósito de gobernar despóticamente á los mexicanos, quienes si siguieran tolerán-*

dolo darian al mundo una prueba de su imbecilidad é ineptitud para conocer sus verdaderos intereses.

A renglon seguido publicó un plan revolucionario, compuesto de ocho artículos contraidos á pedir que se separaran del Poder el Presidente de la República y su ministro de la guerra, y á proclamar la union de todos los mexicanos para concurrir á salvar á la patria que estaba en peligro si continuaba dirigida por un gobierno despótico.

Entre tanto, el general Don Gabriel Valencia, tambien amigo íntimo de Bustamante, se habia apoderado de la Ciudadela el dia 31 de Agosto, haciendo uso de las engañifas que eran comunes entonces, expidiendo tambien su plan de pronunciamiento el dia 4 de Septiembre, el cual comenzaba diciendo: "Libre la capital se reunirá en el acto una Junta del pueblo como en los antiguos comicios de Roma, para designar al ciudadano que haya de ejercer el Ejecutivo interinamente." Seguian despues otras muchas rarezas, hijas probablemente de algun consejero letrado que no se sabia si era demagogo ó monarquista, y terminaba ofreciendo fidelidad en todas las promesas.

Por último, en 12 de Septiembre el gobierno, que no quiso quedarse atrás, por medio del ministro del Interior Don José María Jimenez presentó al Congreso el cuarto plan de pronunciamiento, que proponia en resúmen: 1.º Que se reuniera un Congreso extraordinario, compuesto de una sola Cámara para expedir las bases de la política, conservando la forma republicana. 2.º Que dicho Congreso se reuniera

en Enero de 1842. 3.º Que entré tanto, gobernara al país un triunvirato compuesto del mismo Bustamante y de los beneméritos Bravo y Santa Anna. 4.º Que todos los que estaban en el candelero siguieran desempeñando sus funciones tranquilamente. Y 5.º, que se decretara un olvido absoluto para todos los delincuentes políticos.

Como en todos tiempos ha habido hombres juiciosos, los pocos que habían quedado libres del himnotismo que ejercía la política, se preguntaban asombrados: ¿acaso se ha convertido nuestra República en una gran casa de locos?

La capital sufrió el sitio de las tropas que llegaron del Oriente y del Occidente, mandadas por Santa Anna y Paredes y fué maltratada por los combates. Hubo armisticios y pláticas, sin que pudieran avenirse los contendientes; y entonces Santa Anna dictó las "Bases de Tacubaya." Se pronunció la guarnición de México por la Federación, pero sin resultados; y Bustamante se retiró á Guadalupe, firmándose al fin el convenio de la Presa de la Estanzuela en 6 de Octubre, quedando el triunfo por los rebeldes.

Se dieron todos el ósculo de paz, pero como sucede siempre, los vencidos quedaron debajo de los vencedores.

El tantas veces Mediador, Libertador y Benemérito, entró bajo palmas al Palacio Nacional, birlándole la primacía en todo á Paredes, que se había pronunciado para ser Presidente, probándole así que sabía mas un cojo que un manco.

Se cantó el indispensable Te Deum en Catedral y la junta de cuarenta notables nombrados por Santa Anna para que eligiesen libremente al jefe de la Nación, designó al mismo Santa Anna como Presidente Provisional.

Y Paredes volvió á quedarse con un palmó de narices como resultado de los cuatro planes, jurando desde ese momento en su interior urdir un quinto plan que fuera coronado con el éxito.